

CANTOS DE LA TRIPULACIÓN

Fueron siete meses en Lisboa, la ciudad que navega en el límite de Europa. Intentando olvidar la ruta delineada entre Enero y Julio para trazar una derrota sobre un mar de nada. Y despreciando el cuaderno de bitácora para escuchar los cantos de la tripulación.

ENERO

Las personas que disfrutaban yendo rápido sin llevar prisa suelen agotarse siguiendo el *Tejo* desde *Terreiro do Paço* hasta el *Padrão dos Descobrimentos de Bélem*. Los restaurantes se pegaron a este recorrido y se dejaron atravesar por él cerca de los pies del *Ponte 25 de Abril*. Las mesas con los clientes a un lado y las cocinas y los empleados en el otro margen. Los corredores, paseantes y ciclistas fluyen entre medias como un tráfico de obstáculos. De un lado las terrazas pretenciosas a cubierto del frío y la lluvia, las carcajadas satisfechas, los manteles de tela. Del otro los platos devueltos, las órdenes a voces, los cigarros liados con prisa entre comandas.

Enrique Morais, uno de sus camareros, ha entendido siempre la vida como un cruce hacia la acera de enfrente, por el paso de cebrera o por donde se pueda. Le gusta esa comparación porque la vive a diario: gasta casi todo su tiempo yendo de una orilla a otra del restaurante. Escuchando las quejas y gruñidos de sus compañeros y compartiendo caladas robadas a la jornada en el almacén de la parte de atrás. Escuchando las conversaciones tranquilas de las parejas y haciéndose invisible mientras reparte la comida. Él tuvo muy claro qué era la crisis cuando llegó en tromba llenando noticias y conversaciones. Era ese cruce entre los de un lado y los del otro, que cada día se le hace más largo y más difícil, cargando con los pedidos que siempre se ordenan desde el mismo margen. Pero hay días que rechaza su conjetura y lo justifica con la edad, 59 años pesan bastante. O con la insólita humedad de aquel enero. O con la moda de correr, que ha llenado el paseo de velocistas con auriculares y rumbo meditado. Quizá ese aumento de las dificultades no deje de ser otra metáfora, una más, del tiempo que nos toca vivir.

FEBRERO

Lisboa era una ciudad con la libertad restringida, pero dejó las luces encendidas durante la noche de la segunda guerra mundial mientras el ruido y la furia hacían trizas Europa. Ese último resplandor atrajo a los que huían de la barbarie nazi y desplazó a la ciudad el centro del universo occidental. Quedó convertida en una tierra inclasificable, un embudo lleno de humanidad ansiosa, encallada entre pasado y futuro. *Ribeira das Naus*, el antiguo y orgulloso astillero del *Império Oceânico Português*, se convirtió, una vez más, en el umbral hacia una esperanza y un porvenir inciertos al otro lado de ese mar que un día fue el fin del mundo.

Peggy Guggenheim, Max Ernst, Ian Fleming, Jean Renoir, Chagall, Saint-Exupéry, Thomas Mann o los duques de Windsor esperaron allí, en el borde de la guerra y de un viejo continente exhausto, el pasaje rumbo a cualquier otro lugar, fuera de las sombras y los corsés de Europa. Esperaron entre corresponsales, hombres de negocios, diplomáticos, mandos militares, agentes secretos, contrabandistas, prisioneros canjeados y ciudadanos corrientes. Se mezcló el espionaje con los esplendores pasados de una vida que la contienda forzaba a olvidar. *Wolframio de día y fornicación de noche*, así lo definió la mujer de David Eccles. Fueron unas vacaciones mientras el mundo se destrozaba, viviendo sin hacer nada y atravesando las madrugadas de una ciudad que demostraba a contracorriente que la vida podía valer la pena.

João Esteves se perdió entre aquella actividad importada que le empujaba a cuidar de lo irrelevante y a dedicarse a lo efímero. Arreglarse la corbata con esmero. Planchar la camisa a diario. Viajar hasta el final de todas las noches, exponiendo la carne al hambre de lo vivo para sentirse por un momento lejos de una nostalgia que no sabía desalojar. Aferrarse a todo para no rendirse jamás. Hoy sus versos dicen que la emoción ávida de aquellos días sigue empañando los cristales en *Cais do Sodré* durante los meses fríos.

MARZO

Cuando se viste lo hace de cara a la ventana abierta para ver el mar, para olerlo y para intentarlo oírlo, aunque ya sea imposible. Cuando discute con su hijo por teléfono se acerca a la ventana para calmarse viendo la superficie del agua moverse plácida. Cuando ve las manifestaciones avanzar por la avenida *24 de Julho* se pierde observando el avance del río humano, como si fuese la corriente del *Tejo* inundando las calles. Incluso el tráfico al otro lado le parece que discurre como un caudal discontinuo de ritmo ininteligible. Cuando escucha sus viejos casetes de música clásica lo hace superponiendo la armonía del piano a la superficie del mar pulida por la luz del atardecer. Cuando ve la luna brillar

metálica sobre las olas tenues se olvida de las muletas que le limitan tras el accidente y navega de nuevo, subido a Lisboa. Cuando el nuevo edificio de oficinas de la EDP en la *Rua Dom Luis I* se levanta por encima de la sexta planta, el gris metálico de la fachada ocupa en su ventana el lugar que tenía el color azul. Y entonces sus muletas se hacen más pesadas, más presentes, más insoportables, la música se ahoga en el ruido de los viejos casetes al avanzar, el sonido del tráfico encharca sus paredes y persiste como la humedad, los manifestantes y sus proclamas desacompañadas le aturden en un cuarto que cada mañana se le hace más pequeño cuando se viste. Las discusiones con su hijo son cada vez más agrias, más bruscas. Lo voy a vender, me voy, no quiero seguir aquí. ¿El fruto de tantos años de trabajo, la inversión de tu vida? No lo entiendes. Yo no compré esta casa. Yo compré el mar.

La llanura prodigiosa que es el mar. Y así, sin más, se lo quitaron todo.

ABRIL

El eléctrico 28 termina en *Prazeres*, como la vida en Lisboa. Francisco Caseiro lo arranca otra vez con un chirrido como de tenedor sobre porcelana dando la espalda al cementerio que fundó un brote de cólera en 1833 y ahora aloja al italiano Antonio Tabucchi, que se quedó en Lisboa para no tener que regresar nunca. ¿Usted sabía que se enamoró de Lisboa por unos versos de Pessoa?. Francisco pregunta sin hacer gestos, la mirada sobre la vía. Sube por la *Rua Saraiva de Carvalho* dando la espalda al pórtico neoclásico que clausura la avenida y al torcer por *Domingos Sequeira* enciende una pequeña radio que acomoda contra el parabrisas: los domingos por la tarde siempre flota inestable dentro del tranvía el partido del Benfica de Jorge Jesús, ahogado por los frenos y las interferencias. En la bajada, larga y recta, me recita de memoria:

*Não sou nada
nunca serei nada
Não posso querer ser nada*

A parte de isso, tenho em mim todos os sonhos do mundo

Para los escritores como él significará otra cosa más culta o más trascendental, pero yo entiendo que el fútbol es exactamente eso. Gira la palanca de la mano izquierda con un solo gesto del codo hacia atrás. Gritan las venas de hierro en el asfalto y oscilan las catenarias como lianas de una selva inexistente. ¿No es eso la poesía, no se supone que leemos lo mismo y cada uno lo puede entender como quiera?. No sé si me pregunta o se afirma en sus conjeturas, imaginadas en la atmósfera envolvente del transistor mal sintonizado que le ha acercado a tantos partidos en campos

embarrados. Esa radio es ya casi una tradición. Un rito o una oración que pide por *O Glorioso* desde el recorrido metálico del 28.

Mientras se desliza cuesta abajo por *Calçada da Estrela*, el Benfica juega por el título de liga en el *Estádio da Luz* con un sonido quebrado. Las interferencias continuas son la prueba de que no te puedes fiar de nada. Un centro de Rodrigo Ant6nio mal despejado en el 1rea local al paso por el *Palacio de S1o Bento* provoca una peque1a sacudida, no s9 si por la cercan1a de la *Assembleia* o del gol en contra. Desde ah1 enfila la *Rua Poço dos Negros* entre balcones de forja y piedra vieja, donde s6lo faltan esas madres antiguas que llamaban a los chicos a gritos, los verdaderos due1os de la calle hasta la hora de la cena. Sube con impulso la cuesta de *Calçada do Combro* cuando Rodrigo inicia una larga carrera. Un pase atr1s, un disparo de Gait1n y Lima empuja dentro el pl1cido rechace mientras el tranv1a repasa la frontera invisible de tantas noches entre *Bairro Alto* y *Bica*.

El el9ctrico bombea la racionalidad de lo p1blico por el trazado de la ciudad. Pero Francisco se empe1a en arrastrar algo m1s por la desesperanza de los 1ltimos a1os con ayuda de su radio: esa emoci6n absurda y fugaz de los goles, el f1tbol y los equipos. No es mucho y no cambiar1 nada, pero se puede compartir. Y alguna alegr1a tendremos que darnos, no todo tiene que ser correr, en los alrededores del *Largo de Cam6es*, detr1s del tranv1a o de un futuro esquivo. Desbocados, como si nos fuera la vida en ello. Como corri6 Jos9 Lima medio carril derecho para marcar el segundo gol que val1a una Liga y otra alegr1a trivial y ordinaria en Lisboa.

MAYO

Suenan las malas noticias en la televisi6n. Ambas, la televisi6n y las informaciones, son el ancla de *Panificaçao Mecanica* en el presente, igual que ese peri6dico que se coloca delante de los secuestrados como prueba de que siguen vivos. Las etiquetas blanqueadas de las botellas en los escaparates y unas molduras de otro tiempo estiran hasta el presente un pasado que se resigna a desprenderse.

F1tima de Oliveira lleva trabajando sobre ese fondo fijo 32 a1os que le empujan a pensar que la rutina, un tiempo circular y tramposo, nos sumerge en algo parecido a la eternidad. Esa estabilidad es s6lo un espejismo, pero ella sigue llenando las raciones igual que cuando los tiempos no estaban tan duros. Porque algo tiene que resistir. Algo tiene que resistir y no venirse abajo con todo lo dem1s.

En *Panificaçao* se desayuna, se come, se merienda. Esperan su turno las personas precarias de casi todos los d1as, que a estas alturas

sólo necesitan una mirada para saludar. Corbatas jóvenes que bajan desde las oficinas y asiduos jubilados de *Campo de Ourique*, estirando sueldos de becario y pensiones con los platos que Fátima llena hasta el borde con esa sonrisa que hace las veces de horas extra no pagadas. Esperan su turno los que pasan los días detrás de una *Loto* pesimista. Consultan sus números en el periódico que circula por la barra, como buscando historias de una vida que nunca será la suya y, casi siempre, terminan arrugando sus sueños y tirando la bolita al suelo. Esperan su turno los que van a por el dulce gratis del café y alargan el *cheio* en busca de una conversación sobre cómo eran antes las cosas, para quitarle cinco minutos a la jornada o a la soledad de no tener nada que hacer. Esperan su turno esa pareja de señoras que siempre llegan a la misma hora, se sientan en la mesita de la esquina y meriendan sin retirar la vista de la pantalla, que parece llenar las conversaciones que ellas no tienen. Esperan su turno los chavales jóvenes de ese estudio de arquitectura de la puerta negra, sin prisa, pues ellos aún hablan más de lo que está por venir que de lo que dejaron atrás. Estas vidas que esperan su turno son también el trasfondo de la de Fátima, que conoce por alusiones lo provisional que hay en todas ellas. No puede evitar, a veces, mezclarlo con lo propio. La hija que emigró, el marido que no va a regresar, los besos que quedaron sin darse. Ha asumido que la vida es un inventario de recuerdos que nacen de lo efímero en la juventud, los afectos y las compañías. Y a pesar de todo, de todas las desilusiones, todos los contratiempos, todo sigue avanzando y todo sigue igual en *Panificação* que sigue llenándose de todas las esperas a la hora de comer.

Antes de salir para volver a casa se acerca a apagar la televisión. La noticia de la caída del imperio Espirito Santo queda interrumpida, sin dejar un sólo eco en el local vacío ¿A quién le importa si se derrumba el *PSI20* desde la tediosa supervivencia de lo cotidiano?

JUNIO

Salieron como si supieran que iban a cruzarse. Como si ese encuentro casual fuera lo menos casual de sus vidas y estuvieran dispuestos a protagonizar su *Rayuela* particular, sustituyendo el *Marais* por *Santos* y su embajada francesa. Porque lo imposible es tan estúpido como lo real, coincidieron en una fiesta en uno de esos viejos apartamentos de la *Rua da Esperança* que ahora aloja a diez estudiantes en una sucesión de cuartos pequeños, pasillos infinitos, cocinas desastrosas y cuartos de baño improvisados. Compartieron conocidos y durmieron juntos luchando contra el frío de ventanas antiguas. Desde aquel día se engancharon en el deseo, finito y abrasivo, y se gastaron con el énfasis de los que quieren terminar rendidos.

Jan y Alexandra recorrieron Lisboa con la lengua fuera, escondiéndose del hastío. Vivieron la ciudad por fragmentos inconexos entre el apartamento compartido de ella en *Benfica* y el cuarto de estudiante de él en *Marquês de Pombal*, desde donde maquinaban tantos planes que llegaron a conquistar la ciudad sin salir de la cama. Hicieron del portugués una habitación en común de pocas palabras mal pronunciadas, pero han podido gemir cada uno en su lengua sin miedo a malentendidos. Se besaron a escondidas en exposiciones que no entendían en el palacio de *Carpe Diem*. Se hicieron fotos en el mirador de *Santo Antonio* y en el de *Graça*, confiando en que desde esos lugares altos puede aprehenderse la esencia de las ciudades. El *Teatro da Garagem* les sirvió de habitación de estudio cuando para concentrarse necesitaban estar lejos de las sábanas. No hubo rutinas, sólo improvisación. Cenaron y se buscaron el centro de la carne en el *Jardim da Estrela* hasta que les desalojaban los aspersores. Bailaron sin dejar de mirarse en *Lux*, en *Music Box* y en la despedida de *Bacalhoeiro*. Se escurrieron cuesta arriba entre otros universitarios por *Bairro Alto* para llegar hasta los mojitos de Julio y dejarse caer después hasta cualquier fiesta Erasmus, en noches imprudentes, brumosas y con falta de definición. Comieron *bifanas* en la *Rua Remolares* acompañados de borrachos y trabajadores de primera hora y se hicieron promesas sentados sobre los muelles de *Cais do Sodré* en los arrabales de muchas noches.

Agradecieron a sus madrugadas que Lisboa fuese la última en el turno de amaneceres, con Europa despertándose a sus espaldas, para poder alargar un poco más la oscuridad igual que intentaban estirar el calendario que les quedaba juntos. Pero siempre llegan los finales y la luz. La luz blanca del primer reflejo de *Rua Augusta*. La luz de plomo y ceniza en *Alfama*. La luz azul, pesada y densa de mar, en la *Ribeira das Naus*. Así descubrieron que el alba es un momento de insolencia donde el espacio se rebela armado de belleza contra el tiempo, que carece de ella. Inevitablemente, éste sigue avanzando despiadado, e igual que se levanta la claridad temblorosa devolviendo contornos perdidos apareció junio, de improviso y puntual al final de sus meses, para poner un punto a su deambular juntos. Quedarán, como residuo del tiempo, las memorias. Y las palabras que él le regaló, por si fuera posible acortar con emoción la distancia.

Ojalá pudiera escribirte
para volver cada noche a este papel
a recorrer tu silueta en líneas quebradas
con la punta de los dedos

Y romperme limpiamente contra tu recuerdo

JULIO

El tiempo no fluye, se estanca en Lisboa como en un charco. Por eso aparece esa sensación de haber estado antes, de haber sufrido allí nostalgias reales o sólo imaginadas. Por eso está repleta de recuerdos ficticios, dolorosos, de cualquier clase. Por eso o *fado*, que vive de lo que fue, cierto o no. Por eso el reloj en el British Bar, que corre al revés. Por eso hay un choque como de placas tectónicas entre presente y pasado, que lo mezcla todo, lo que fue y lo que podría haber sido, con lo que es ahora. Entre las ruinas de ese tiempo extraño han caminado ellos, que se han estrellado viniendo desde trayectorias que no deberían haberse cruzado. Quizá fueron solamente actores contratados por una historia de infidelidad que ya habitaba en un muro lleno de humedad y les necesitaba a ellos. Al final, lo que compartieron lo dejaron atrás, abandonado en la miasma de tiempo que es Lisboa. Y quedó allí, flotando en ese callejón de *Bica* que frecuentaban a menudo. Convertido en otro objeto de colección más para Lisboa, que guarda muchas historias tristes y que puede emplear como propias las palabras de *Gulbenkian* para explicarse: *Posso dizer sem receio de exagero que as considero como "filhas" e que o seu bem estar é uma das preocupações que me dominam. As reuni, por vezes com inumeras dificuldades, exclusivamente guiado pelo meu gosto pessoal. É certo que, como todos os colecionadores, procurei aconselhar-me, mas sinto que elas sao minhas de alma e coração.* O pudo aguardar como historia sin contar para resonar por casualidad en el momento justo de inspirar un *fado* o un cuento desalentador. Uno que hable de ellos mientras se rinden a la separación, atrapados en esa metáfora sobada de horarios de trenes y despedidas exactas, en la estación de *Santa Apolonia*. Esperan y demoran abrir la brecha entre ellos al dejar marchar un tren y otro y otro y otro cada veinte minutos para poder vivir el final una y otra vez. Temiendo desembocar en el lugar sin tiempo de lo que nunca serán. La inevitable vuelta a casa caminando al lado de una ausencia y oliéndose las manos que devolvían perfumes sin nombre y curvas de un placer delicioso y obsesivo. Las sábanas como primera fortaleza para resistir el invierno íntimo de los remordimientos que estaban por venir. Después unos mensajes, cada vez más intercalados de silencio. La duda por ese tiempo del que se apropiaron y que, quizá, no les pertenecía. Algún recuerdo cubierto con una vergüenza a destiempo. Un espacio de desafección. Y finalmente esa eterna verdad, vacía y perfecta: nada.